

ESTABLECIMIENTO

DE UNA SOCIEDAD LITERARIA EN SANTIAGO.

Teniamos ya en la imprenta nuestro artículo sobre las *delicias y ventajas del estudio*, trabajado con el doble objeto de contribuir a excitar la juventud americana al cultivo de las ciencias, y de que sirviera de introducción al *boletín bibliográfico* que pronto comenzaremos a dar en las columnas del *Museo*, cuando llegó a nuestras manos el discurso pronunciado por el Dr. D. José Victorino Lastarria en el acto de instalarse el 3 de este mes en la capital de la República una *Sociedad Literaria*, formada por unos cuantos jóvenes respetables, que le elijieron Director de ella.

Largo tiempo hacia que los amantes de la ilustración echaban ménos en los estados hispano-americanos el establecimiento, no digo de Institutos, o Academias Nacionales, pero hasta de esas asociaciones literarias que existen en países extranjeros, que encontramos en la isla de Cuba, y que también asomaron en las colonias españolas desde fines del pasado siglo; y por lo tanto, celebramos mucho el tener que noticiar la instalación de la Sociedad ya mencionada, y que, según lo comprueba ese acto, no haya en Santiago necesidad, hasta cierto punto, de nuestra excitación. Verdad es, según ha observado el Sr. Lastarria, que «la ilustración, tres siglos sometida a satisfacer la codicia de una metrópoli atrasada, estuvo ocupada más tarde en destrozarse ca-

denas, y en constituir un gobièrno independiente». Verdad es tambien que de resultas de la desigualdad de la intelijencia en América, y de las luchas de la ambicion, aun no han podido tomar su nivel ni la sociedad, ni los gobiernos; y que la civilizacion no ha adelantado sino por medio de movimientos convulsivos, entre las revueltas y los desastres que han promovido algunos hombres, que creyeron que la libertad consiste en agitarse, trastornar y destruir, o que debia servirles de escabel para subir inconstitucionalmente a la silla del poder. Va rayando empero en algunos de nuestros estados una nueva era; a la licencia antigua, al anterior despotismo, va sucediendo el órden, el respeto a la lei, o a lo ménos la apariencia del respeto a la lei, que por sí sola es un principio de mejora y de adelantamiento; y es fuerza acelerar la época en que los hombres civiles, los hombres amantes de la ciencia, formen alianza, y reunan sus esfuerzos para que callen las armas, y se levanten las almas; para no consentir que en adelante se enseñoree mas de nuestros destinos la fuerza material, y los rija a medida de sus voluntades arbitrarias y de sus antojos; para difundir mas y mas la ilustracion, como el mejor, como el único calmante o freno a las pasiones bastardas, como el único correctivo de los males que tanto tiempo y tan sin cuento aflijieran a la desventurada América; para dar así a la libertad en el continente de Colon una basa tan anchurosa, tan profunda, tan sólida como la de nuestros Andes, tan resplandeciente como el Sol; para obtener que ella no sea «una libertad ciega que consagre todas las depravaciones, que destruya todas las garantías del órden, y mine el cuerpo social por sus cimientos, sino que se presente a todos los espíritns rectos y virtuosos como una diosa protectora, que hermostee todo cuanto

inspire, cuyo culto no tenga nada de tumultuoso, y de cuyo templo augusto emanen todas las concepciones sublimes, todos los ejemplos de jenerosidad, y todas las prendas de felicidad». Esa época parece haber llegado felizmente para Chile, como que, segun ha dicho el ilustrado Director de la novel Sociedad, «el ruido de las armas ha cesado en nuestro suelo; la Anarquía ha desplegado sus alas, y salvado los Andes; la Paz, coronada de fresca oliva, ha venido en su lugar; y bajo su amparo ha despertado nuestra amada Patria del letargo en que la dejó el violento esfuerzo que hizo para sacudir el yugo, y presentarse triunfante a la faz de las naciones». Sí; ha llegado la época en que «la ilustracion debe emplearse en llegar a su madurez para llenar el vacío que dejaron nuestros padres, para hacer mas consistente su propia obra, para no dejar enemigos que vencer, y seguir con planta firme la senda que nos traza el siglo.»

Es ciertamente mui satisfactorio para todo el que se interesa en la dicha y en la gloria de América, encontrar países, rejistrar actos, que rescaten tanta calamidad, tanto desórden, tanto vilipendio, como hemos presenciado en los treinta años últimos. Es lisonjero al patriotismo y aun al orgullo nacional de los hijos de Chile el aplicarse, a la sombra de la paz, a mejorar su bienestar, adelantando los trabajos de la agricultura, dándose a la industria, a las artes, a especulaciones mercantiles; puliendo las costumbres; propagando la instruccion; fomentando, o mejor dicho, creando el espíritu de asociacion. En tanto que la juventud de otros países, segun observa Mr. Chevalier, ha perdido el sentimiento del respeto debido a la vejez, y que, exasperada por el descontento, ha llegado al punto de menospreciar la experiencia, y se cree superior a los hom-

bres encanecidos en el gobierno de las cosas humanas, consuela el ver que la juventud chilena, por el contrario, persuadida de que sin luz intelectual no hai ni salud, ni urbanidad, ni gloria, ni prosperidad, ni civilizacion; convencida de que «los sublimes goces de la intelijencia constituyen el poder mas noble del hombre, y le hacen elevarse hasta el trono de la verdad por la fuerza del ingenio», se lanza en busca de aquella luz, acatando a los varones que encendieron el faro de la razon y de la moral, para salvarnos de la tempestad política, y guiarnos con seguridad al puerto del reposo y de la prosperidad. Es un acto laudable, patriótico, eminentemente meritorio, el ver una asociacion espontánea de jóvenes, que, estimulados por tan nobles móviles, «sin guia, segun nota el Sr. Lastarria, sacándolo todo de su valor, se congregan para ilustrarse, e ilustrar con sus trabajos, y que parece que dicen en Chile a los hombres de luces que eso debian haber practicado tiempo ha; reunirse para comunicarse y ordenar un plan de ataque contra los vicios sociales, a fin de hacerse dignos de la independenciam que a costa de su sangre nos legaron los héroes de 1810; reunirse en torno de esa democracia, que milagrosamente vemos entronizada entre nosotros, pero en un trono, cuya base carcomida por la ignorancia se cimbra al mas lijero soplo de las pasiones, y casi se desploma llevando en su ruina nuestras mas caras esperanzas.»

Lo que los hombres de luces no han hecho, en efecto, lo que acaban de hacer, con tanta prez para ellos, y con tanta esperanza para el porvenir, los jóvenes de Santiago, debe servir de estímulo para que no se detenga en este punto el feliz impulso así dado al cultivo y a la difusion de los conocimientos. La propaga-

cion de la instruccion primaria en todo el ámbito de la República, la mejora progresiva del sistema de educacion científica, el establecimiento de asociaciones particulares que promuevan estos útiles objetos, y por último el de una Academia Nacional, que sirva de coronamiento al majestuoso edificio de la civilizacion, deben ocupar la atencion del Gobierno, y estimular los esfuerzos individuales, así como llamarán oportunamente nuestras miradas.

Bien apreciada nos parece por el Sr. Lastarria la importancia de la literatura en jeneral, y su nulidad entre nosotros, a causa «de las tinieblas en que tres siglos viviéramos bajo el ominoso cetro de los Felipes, tan funestos a la humanidad como a la civilizacion por su brutal y absurdo despotismo; de Cárlos II, con su imbecilidad y acendrado fanatismo; de los Fernandos y Carlos que le sucedieron, tan obstinados defensores de su poder discrecional y de la autoridad espantosa del monstruo de la Inquisicion, que los sostenia, al mismo tiempo que los amedrentaba.»

«Pedro de Oña, que, segun las noticias de algunos eruditos, escribió a fines del siglo XVI dos poemas de poco mérito literario, pero tan curiosos como raros en el dia; el célebre Lacunsa, Ovalle, el historiador, y el candoroso Molina, que ha llegado a granjearse un título a la inmortalidad con la historia de su patria, son los cuatro conciudadanos, y quizá los únicos de mérito, que puedo citaros como escritores; pero sus producciones no son timbres de nuestra literatura, porque fueron indijenas de otro suelo, y recibieron la influencia de preceptos extraños. Desde 1810 hasta pocos años a esta parte tampoco hallo obra alguna que pueda llamarse nuestra, y que podamos ostentar como característica; muchos escritos de circunstancias sí, parto de varios claros ingenios americanos y chilenos, entre los cuales descuella el ilustrado y profundo Camilo Enriquez, cuyas bellas producciones manifiestan un talento despejado y un corazon noble, entusiasta y jeneroso. De los últimos años no puedo dejar de citaros entre las numerosas producciones de nuestra prensa dos obras didácticas, que harán época en nuestros fastos litera-

rios; no porque sean la muestra de una literatura vigorosa y nacional, sino por la revolucion que han iniciado en las ideas, y porque prueban el jenio, erudicion y laboriosidad de sus autores: *la filosofia del espíritu humano*, que es el reverso del peripato, uno de los primeros destellos de la razon ilustrada en Chile, con cuya aparicion data la época de nuestra rejeneracion mental: los *Principios de derecho de jentes*, que nos han hecho mirar con interes y seriedad los altos dogmas de la ciencia que fija las relaciones recíprocas de los pueblos que habitan la tierra. Otros varios tratados elementales han aparecido, entre los cuales hai algunos dignos del mayor elojio, ya por el acierto de su ejecucion, ya por las útiles reformas que han pretendido introducir en el aprendizaje. Nuestra prensa periódica, apesar de hallarse detenida por los infinitos inconvenientes que se le oponen a un pueblo en sus primeros ensayos, no deja de contar una que otra produccion importante que ha merecido la aprobacion de los intelijentes. Pero todo esto no debe envanecernos: cuando mas prueba que hai entre nosotros quienes trabajan por la difusion de las luces, y no que poseamos ya una literatura que tenga sus influencias y su carácter especial. Mui reducido es el catálogo de nuestros escritores de mérito, mui poco hemos hecho todavía por las letras; me atrevo a deciros que apenas principiamos a cultivarlas. Pero es de hacer justicia al fuerte anhelo que todos muestran por la educacion: numerosa es la juventud que con ansia recibe los preceptos de la sabiduría, y ya la patria pierde tiempo si no allana los obstáculos que entorpecen el provecho que puede sacar de tan laudable aplicacion. Todavía entre nosotros no hai un sistema de educacion, los métodos adolecen de errores y defectos que la época moderna tilda con un signo de reprobacion y de desprecio casi infamante. Por eso veis, Señores, multitud de chilenos ilustrados y dignos de mejor suerte, agolparse a la entrada del santuario de la literatura, todos con el empeño de penetrar en él y de perseguir la gloria, pero todos detenidos, o porque carecen de aquel instinto que una educacion esmerada o los conocimientos bien adquiridos infunden en el alma, o porque los arredra el infortunio, que siempre espanta a la imajinacion cuando el pecho está vacío de esperanzas y de estímulos.

Lleno de juicio está asimismo lo que dice el Sr. Lastarria acerca del jiro que hemos de dar a nuestros conocimientos, y del criterio con que debemos proceder a imitar a otras naciones, elijiendo tan solo lo que sea acomodado a nuestras circunstancias.

No perdais jamas de vista que nuestros progresos futuros dependen enteramente del jiro que demos a nuestros conocimientos en su punto de partida. Este es el momento crítico para nosotros. Tenemos un deseo, mui natural en los pueblos nuevos, ardiente, que nos arrastra y nos alucina; tal es el de sobresalir, el de progresar en la civilizacion, y de merecer un lugar al lado de esos antiguos emporios de las ciencias y de las artes, de esas naciones envejecidas en la experiencia, que levantan orgullosas sus cabezas en medio de la civilizacion europea. Mas no nos apresuramos a satisfacerlo: tenemos mil arbitrios para ello, pero el que se nos ofrece mas a mano es el de la imitacion, que tambien es el mas peligroso para un pueblo, cuando es ciega y arrebatada, cuando no toma con juicio lo que es adaptable a las modificaciones de su nacionalidad. Tal vez esta es una de las causas capitales de las calamitosas disidencias, que han detenido nuestra marcha social, derramando torrentes de lágrimas y de sangre en el suelo hermoso y orijinal de la América española. ¡Ah, señores, qué penoso es para las almas jóvenes no poderlo crear todo en un momento! Pero los grandes bienes sociales no se consiguen sino a fuerza de ensayos. Bien pueden ser ineficaces para conseguir nuestra felicidad los instrumentos que poseemos, pero su reforma no puede ser súbita; resignémonos al pausado curso de la severa experiencia, y día vendrá en que los chilenos tengan una sociedad que forme su ventura, y en que estén incrustadas fuertemente las raices de la religion y de las leyes, de la democracia y de la literatura. A nosotros está encargada esta obra interesante, y es preciso someterla a nuestros alcances.

Mas concretando estas observaciones a nuestro asunto, ¿de qué manera podremos ser prudentes en la imitacion? Preciso es aprovecharnos de las ventajas que en la civilizacion han adquirido otros pueblos mas antiguos, esta es la fortuna de los americanos: ¿qué modelos literarios serán pues los mas adecuados a nuestras circunstancias presentes? Vastos habian de ser mis conocimientos, y claro y atinado mi juicio para resolver tan importante cuestion; pero llámese arrogancia, o lo que se quiera, debo decir que mui poco tenemos que imitar: nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional. Hai una literatura que nos legó la España con su religion divina, con sus pesadas e indijestas leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaron a la Península, comenzó a tomar otro tinte mui diverso nuestra nacionalidad: «nada hai que obre una mudanza mas grande en el hombre, que la libertad, dice Villemain,

¡qué será, pues, en los pueblos!» Es necesario que desarrollemos nuestra revolucion y la sigamos en sus instintos civilizadores, en esa marcha peculiar que le da un carácter de todo punto contrario al que nos dictan el gusto, los principios y la tendencia de aquella literatura. Debo presentarnos sobre ella mas bien que mis pobres ideas, el juicio de un español que en nuestros dias se ha formado una reputacion por su talento elevado, el cual se expresa de este modo, hablando de su patria: «En España, causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que habia llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las comunidades, añadió a la tiranía relijiosa la tiranía política; y si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fué mas que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático, investigador, filosófico; en una palabra, *útil y progresivo*. La imaginacion sola debia prestar mas campo a los poetas que a los prosistas: así que aun en nuestro siglo de oro es cortísimo el número de *escritores razonados* que podemos citar (1)». Con efecto, Señores, si buscáis la literatura española en los libros científicos, en los históricos, en el dilatadísimo número de escritores místicos y teológicos que cuenta aquella nacion, en el teatro mismo, siempre la hallaréis retrógrada, sin filosofía y muchas veces sin criterio. Es verdad que en ocasiones luce en ellos algun rasgo del atinado ingenio español, pero siempre a manera de aquellos lampos efimeros que momentáneamente alteran las tinieblas de una noche borrascosa, sus bellas producciones son frutos escondidos que no es posible descubrir sino desbastando el ramaje del árbol que los contiene. De los mejores autores, dice el citado, que se ofrecen más bien como columnas de la lengua, que como intérpretes del movimiento de su época. La poesia empero ofrece relevantes muestras de talentos fecundos y eruditos, de pasajes sublimes, bellos y filosóficos; mas necesitais de trabajo y tino para hallarlos y para sacar de ellos el producto.

Debemos alabar, por último, las reflexiones que hace el Sr. Director de la Sociedad Literaria sobre la lengua castellana, y sobre el menosprecio en que muchos la tienen.

Con todo, no penseis, Señores, que me extendo, al suscribir a estos conceptos, sobre la literatura de nuestros conquistadores, hasta llegar

(1) Larra.

a mirar en ménos su hermoso y abundante idioma. ¡Ah! no: este fué uno de los pocos dones que nos hicieron sin pensarlo. Algunos americanos, sin duda fatigados de no encontrar en la antigua literatura española mas que insípidos y pasajeros placeres, y deslumbrados por los halagos lisonjeros de la moderna francesa, han creído que nuestra emancipacion de la metrópoli debe conducirnos hasta despreciar su lengua, y formarnos sobre sus ruinas otra que nos sea mas propia, que represente nuestras necesidades, nuestros sentimientos. Y llenos de admiracion, seducidos por lo que les parece orijinal en los libros del Sena, creen que nuestro lenguaje no es bastante para exprimir tales conceptos; forman o introducen, sin necesidad, palabras nuevas, dan a otras un sentido impropio y violento, y adoptan jiros y construcciones exóticas, contrarios siempre a la índole del castellano, despreciando así la señalada utilidad que podriamos sacar de una lengua cultivada, y exponiéndose a verse de repente en la necesidad de cultivar otra nueva y tal vez ininteligible. Huid, Señores, de semejante contajio, que es efecto de un extraviado entusiasmo.

Mucha verdad es, que las lenguas varían en las diversas épocas de la vida de los pueblos, pero los americanos ofrecemos en esto un fenómeno curioso: somos infantes en la existencia política, y poseemos una habla que anuncia los progresos de la razon, rica y sonora en sus terminaciones, sencilla y filosófica en su mecanismo, abundante, variada y expresiva en sus frases y modismos, descriptiva y propia como ninguna (1). Nuestros progresos principian, y por mucho que nos eleve el impulso progresivo de la época presente, siempre tendremos en nuestro idioma un instrumento fácil y sencillo que emplear en todas nuestras operaciones, un ropaje brillante que convendrá a todas las formas que tomen nuestras facciones nacionales. Estudiad esa lengua, Señores, defendedla de los extranjerismos; y os aseguro que de ella sacaréis siempre un provecho señalado, si no sois licenciosos para usarla, ni tan rigoristas como los que la defienden tenazmente contra toda innovacion por indispensable y ventajosa que sea. Os interesa, pues, emprender la lectura de sus clásicos, y penetrar en la historia de la literatura a fin de saber apreciarlos y conocer esa poesía, que veréis, valiéndome de la expresion de un crítico, expresiva en su infancia, natural y sencilla, pero ruda, pobre y trivial: despues grave, docta y sonora, hasta dejenerar en afectada, pedantesca y enigmática: y por fin, grande, majestuosa y sublime, armoniosa y dulce, hasta acabar por hinchada, estrepitosa y sutil. De Garcilaso aprenderéis a expresar vuestras ideas y senti-

(1) Mora.

mientos apacibles, con candor y amable naturalidad; de La-Torre, Herrera y Luis de Leon imitaréis la nobleza, nervio y majestad; de Rioja el estilo descriptivo y la vehemencia del lenguaje sentencioso y filosófico. Descended a los prosistas, y Mendoza, Mariana y Solis, os enseñarán la severidad, facundia y sencillez del estilo narrativo; Granada, la inimitable dulzura de su habla para expresar las verdades eternas y el idealismo del cristianismo; y por fin, el coloso de la literatura española os asombrará con su grandilocuencia y con las orijinales graciosidades de su *Hidalgo*. Estudiad tambien a los modernos escritores de aquella célebre nacion, y hallaréis en ellos el antiguo romance castellano hecho ya el idioma de la razon culta, y capaz de significar con ventaja los mas elevados conceptos de la filosofía y los mas refinados progresos del entendimiento del siglo XIX.

Sentimos que nuestros límites no nos permitan seguir al Sr. Lastarria en lo que enuncia sobre la literatura francesa, y sobre el sesgo que toma hoi la moderna, que, «ayudada de la crítica, ha venido a hacerse mas filosófica, y a erijirse en intérprete del progreso social.» No podemos resistir, sin embargo, al placer de trascibir sus opiniones acerca de la posibilidad, y aun de la necesidad que hai, de que seamos orijinales en nuestra literatura. Reservándonos para otra ocasion el exponer nuestras propias ideas sobre esta materia, convidarémolos a los lectores a que escuchen y mediten las del Sr. Lastarria.

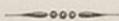
Fuerza es que seamos orijinales, tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresion auténtica de nuestra nacionalidad. Me preguntaréis qué preteudo decir con esto, y os responderé con el atinado escritor que acabo de citaros, que la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea fielmente la estampa de su carácter, que reproducirá tanto mejor mientras sea mas popular. Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado, a fuerza de sutilezas. Al contrario debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza

humana, y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, sino de sus efectos.

No hai sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad mas imperiosa de ser orijinales en su literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de comun con las que constituyen la orijinalidad del viejo mundo. La naturaleza americana tan prominente en sus formas, tan nueva en sus hermosos atavios, permanece vírjen, todavía no ha sido interrogada, aguarda que el injenio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que la brinda: ¡qué de recursos ofrecen a nuestra dedicacion las necesidades sociales y morales de nuestros pueblos, sus preocupaciones, sus costumbres y sus sentimientos!



MALESHERBES. (1)



Cristiano Lamoignon de Malesherbes, heredero de un nombre caro a la majistratura francesa, desempeñó importantes empleos en el reinado de Luis XVI, presidiendo uno de los tribunales de justicia, estando encargado de la direccion de la librería, y sirviendo en dos distintas épocas uno de los ministerios. En ¡estos diferentes destinos, en medio de algunas contradicciones, disgustos y de un destierro que sufrió, siempre desplegó el mas puro amor a la humanidad y a la justicia, y protejió abiertamente las letras y los derechos de los ciudadanos.

Cuando empeoró la situacion de Francia en 1787, y

(1) Extractado del discurso de abertura de la Corte de casacion, pronunciado por el Sr. Dupin, Procurador jeneral, el 8 de noviembre de 1841, y añadido.